

SANTA CLOTILDE, REINA DE FRANCIA.

FUÉ hija de Chilperico, hermano menor de Gondebaldo, tirano rey de Borgoña que le quitó la vida á él, á su mujer, y á los demás hermanos suyos, por usurpar la corona y sus dominios. En esta tragedia fueron perdonadas dos preciosas hijas de Chilperico, que entonces eran muy niñas. Una de ellas se hizo en adelante monja; la otra, llamada Clotilde, fué criada en la corte de su tío, y por una providencia singular, instruida en la religion católica, aunque educada entre arrianos. Su mayor felicidad, supuesta la profesion de la religion verdadera, fué haber sido inspirada desde su misma infancia con un desprecio del mundo traidor, que aumentaba cada dia con los ejercicios piadosos de su religion. Aunque se conocia rodeada de todos los encantos del mundo, y desde su infancia fué siempre idolo de él, con todo, su corazon fué un yunque contra sus seducciones. Estaba dotada del conjunto de las virtudes, y la reputacion de su talento, hermosura, mansedumbre, modestia y piedad, la hizo objeto de la adoracion de los reinos todos circunvecinos; por lo que, Clodoveo I, llamado el Grande, victorioso rey de los francos, la pidió y la obtuvo de su tío por esposa, otorgándola cuantas condiciones desease para el libre y seguro ejercicio de su religion. Solemnizaron las bodas en Soissons en el año de 493. Clotilde hizo para sí un pequeño oratorio dentro del real palacio, en que invertia mucho tiempo en santa oracion, y secretas mortificaciones. Templaba su devocion con la discrecion correspondiente, de modo que atendia á todos los negocios de su corte, era vigilante con sus damas, y lo hacia todo con tal orden, dignidad, piedad y edificacion, que encantaba al rey, y á la corte toda. Su caridad con los pobres parecia un mar inagotable. Honraba á su real esposo, procuraba suavizar su temperamento marcial con mansedumbre cristiana, se conformaba con su humor en las cosas indiferentes; y para granjearse mas sus afectos, hacia asunto de sus discursos y alabanzas aquellas cosas no pecaminosas que conocia que le deleitaban. Luego que se vió dueña de su corazon, no dilató un momento la obra de ganarle para Dios, y muchas veces principió á hablarle sobre la vanidad de los ídolos, y sobre la escelencia de la verdadera religion. El rey la oia siempre con gusto; pero no habia llegado el momento de su conversion. Debia costarla antes muchas lágrimas, pruebas muy severas, y constante perseverancia. Despues de bautizado su segundo hijo Clodoviro, y de haber convalecido la Santa

de una enfermedad, instó con mas ahinco al rey, á que dejase el culto de los ídolos. Un dia con especialidad en que este príncipe le habia dado muchas seguras muestras de su afecto, y aumentádola su viudedad con la donacion de algunos dominios feudales, le dijo ella que solo pedia á S. M. un favor, que era la libre licencia de discurrir con él sobre la santidad de su propia religion, y de traerle á la memoria la promesa que la habia hecho de abandonar la idolatria. Pero el miedo de ofender á su pueblo le habia hecho dilatar la ejecucion. Su milagrosa victoria sobre los alemanes, y su entera conversion en el año de 496 fueron al fin efectos de las oraciones de nuestra Santa.

Habiendo Clotilde ganado para Dios á este gran monarca, no cesó un punto de escitarle á las gloriosas empresas en honor de Dios; y entre otras fundaciones religiosas erigió en París á solitudes de ella en el año de 511 la iglesia mayor de S. Pedro y S. Pablo, llamada despues de Sta. Genoveva. Éste príncipe tenia una devocion grande á S. Martin, y fué muchas veces á Tours á postrarse en oracion ante su tumba. Envió su real diadema que al presente la llaman *el reino*, como en regalo al papa Hormisdas, en muestra de que dedicaba su reino á Dios. Su bárbara educacion y su temperamento marcial hacian muy difícil á Clotilde, en ciertos raptos de sus pasiones, doblegar la inclinacion que aquel príncipe tenia á la ambicion y crueldad, de suerte que apenas dejó vivo príncipe alguno de su raza á escepcion de sus hijos. Murió Clodoveo en 27 de noviembre del año 511, el cuarenta y cinco de su edad, y el treinta de su reinado. Fué enterrado en la iglesia de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, llamada despues de Sta. Genoveva, donde aun permanece su tumba. Un antiguo y largo epitafio que en ella se puso, le conservó Aimoino, y le ha copiado Rivet. Su hijo mayor Teodorico, á quien tuvo en una concubina antes de su matrimonio, reinó en Rhems sobre la Austrasia, ó partes orientales de Francia, que comprendian lo que ahora es Campaña, Lorena, Averre y varias provincias de Alemania. En cuanto á los tres hijos de Clotilde, Clodoviro reinó en Orleans, Childeberto en París, y Clotario I en Soissons. Esta division produjo muchas guerras y disensiones, hasta que en el año de 560 fué reunida toda la monarquía en Clotario el menor de los tres hermanos. Sta. Clotilde vivia cuando derrotó aquél á Clodoviro, y quitó la vida á Segismundo, rey de Borgoña; pero le vió poco despues en el año de 524 vencido y muerto por Gundemaro sucesor de Segismundo: á Gundemaro vencido y muerto por Childeberto y Clotario, y el reino de Borgoña unido con el de Francia.

La afliccion mas sensible de esta piadosa reina fué el asesinato de los dos hijos mayores de Clodomiro, cometido en el año de 526 por sus tios mismos Childeberto y Clotario, que se apoderaron del reino de Orleans. Este trágico desastre contribuyó mucho para acabar de apartar su corazon del mundo y de sus traiciones. Gastó pues el resto de sus dias en Tours, cerca de la tumba de S. Martin, en ejercicios de oracion, limosna, vigiliass, ayunos y penitencias, olvidando totalmente en todo su porte el que habia sido reina, y que sus hijos ocupaban el trono. La eternidad llenaba su corazon y empleaba todos sus pensamientos. La Santa predijo su muerte treinta dias antes que sucediese, habiendo sido amonestada de ella por Dios estando en oracion en la tumba de S. Martin, común pavimento de sus lágrimas. En su última enfermedad envió á llamar á sus dos hijos Childeberto, rey de París, y Clotario de Soissons, y les exhortó del modo mas patético á honrar á Dios y observar sus mandamientos; á proteger al pobre, reinar como padres de sus pueblos, vivir en union y conformidad recíproca, y amar, y procurar conservar siempre la paz y la tranquilidad. Apenas cesó un momento de rezar salmos con la devocion mas tierna, y de ordenar todo cuanto se habia de distribuir á los pobres, aunque ya quedaba muy poco; porque siempre habia vivido cuidadosa de enviarlo todo delante de ella distribuyendo sus riquezas con su propia mano. Al treinta de su enfermedad recibió los sacramentos, hizo la protestacion pública de su fe, y partió para el Señor en el dia 3 de junio de 845. Fué sepultada por órden suya en la iglesia de Sta. Genoveva, y el Señor ha glorificado su sepulcro con muchos portentos, siendo su nombre aun memorable por las magnificas donaciones con que promovió los establecimientos de beneficencia, las casas de religion y los asilos de piedad.

La misa es del Comun de muchos mártires, y la oracion la siguiente:

Concédenos, ó Dios omnipotente, que esperitemos benignos intercesores con vos en nuestras necesidades á los que celebramos constantes en la confesion de tu santo nombre. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es del cap. 11 de la que escribió S. Pablo á los Hebreos.

Hermanos: los santos por la fe vencieron los reinos, obra-

ron justicia, alcanzaron lo que se les habia prometido, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, convalécieron de su enfermedad, se hicieron esforzados en la guerra, desbarataron los ejércitos de los estraños. Las madres recibieron resucitados á sus hijos que habian muerto. Unos fueron estendidos en pórtos, y despreciaron el rescate, para hallar mejor resurreccion. Otros padecieron vituperios y azotes, y además cadenas y cárceles: fueron apedreados, despedazados, tentados, pasados á cuchillo; anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos: hombres, que no los mereció el mundo, anduvieron errantes por los desiertos, las cuevas y cavernas de la tierra. Y todos estos se hallaron probados por el testimonio de la fe en Cristo Jesus nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Por la fe fueron los reinos conquistados por los Santos, y por ella hicieron obras de justicia. No es de admirar que los Santos obrasen tantas maravillas por medio de la fe; porque á la verdad, ¿qué no podrá con la fe un hombre santo? El asombro es que no seamos nosotros santos, profesando la misma fe y la misma doctrina; antes bien que seamos tan cobardes cuando se ofrece la ocasion. *Todo lo puedo*, decia el apóstol S. Pablo, *en virtud de aquel Señor que me conforta.* (Ad Philip. 4.) Una fe viva es todo poderosa; obliga, por decirlo así, á que el Señor haga milagros. Cuanto mas débil es el sugeto, mas se ostenta su poder. A una viva fe y á una perfecta confianza nada sabe negar el Señor; pero es menester que esta fe sea pura, que sea humilde, que sea animada con las obras, y que sea verdadera fe. Con esta fe cerraron los Santos la boca á los leones, apagaron la actividad del fuego, embotaron los filos de la espada, salieron con mas vigor de la misma enfermedad, se hicieron valerosos en la guerra, derrotaron ejércitos de enemigos forasteros; es decir, que no solo domaron sus pasiones, no solo se rieron de los suplicios, sino que se burlaron de todo el infierno junto. *La victoria vence al mundo*, dice el evangelista S. Juan (1. Joan. 4.); esto es, nuestra fe. ¿Pero será la fe de los cristianos de estos tiempos? ¿será la nuestra? Mas ¿quién la despojó de su fuerza y de su virtud? ¿quién debilitó su constancia y su valor? ¿Podremos decir que nuestra fe nos hace victoriosos del mundo, cuando somos siempre viles esclavos de sus máximas y de sus

leyes; cuando somos víctimas de los respetos humanos; cuando estamos tan servilmente sujetos á sus modas y á sus caprichos? Apenas se reconoce otro dueño; por lo menos él es el mas imperioso; el mas duro, el mas fiero, el mas tirano, el mas absoluto, y con todo ningún otro es mejor servido. ¡Y nosotros somos los que nos preciamos de tener la misma fe que los Santos! ¡y será posible que nos lo queramos persuadir! Consultemos nuestras costumbres, consultemos nuestras obras. ¡Fantasma de fe! y quiera Dios que no sea tambien fantasma de religion; una en los labios, y ninguna en el pecho. ¿Será mucha nuestra religion cuando la fe está muerta, ó á lo menos moribunda? ¿Y cual será nuestra suerte en la otra vida? Oh, qué nos convertiremos á la hora de la muerte; entonces se aviva la fe, no hay duda; pero es menester que resucite. ¿Y no será de temer que nuestra fe en aquella hora sea como la de los demonios que creen y tiemblan? Harto desgraciados son aquellos cuya fe no produce otro efecto que el del miedo y el temor.

El Evangelio es del cap. 11 de S. Mateo.

En aquel tiempo respondió Jesus, y dijo: Glorificote, ó Padre, Señor del cielo y de la tierra: porque has ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los párvulos. Si, Padre, porque esta ha sido tu voluntad. Todo me lo ha entregado mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce

ninguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo lo quisiere revelar. Venid á mi todos los que trabajais, y estais cargados, y yo os aliviare. Llevad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazón, y hallaréis el descanso de vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga es ligera.

MEDITACION.

El yugo del Señor es suave, y su carga ligera.

PUNTO PRIMERO. — Considera que en esta vida no hay consuelo puro sino en el servicio de Dios; todo lo demás es tumulto, aturdimiento, confusion y amargura. Todas las alegrías mundanas tienen su origen en alguna pasión; y naciendo de tan desdichada fuente, no pueden dejar de acompañarlas la turbacion, el temor, los sinsabores, el fastidio y la mudanza. Todas son superficiales; rara flor nace en este valle de lágrimas que no sea

artificial; riése algo, pero se llora mucho mas; las cruces invisibles y las pesadumbres interiores son la renta mas activa y mas segura de los dichosos del siglo.

A la verdad, ni el amo á quien se sirve, ni las leyes que prescribe, imponen yugo mas suave, ni carga mas ligera. No hay cosa mas dura que la esclavitud con que se vive en el mundo; como reinan en él todas las pasiones, se le obedece como esclavos; y él manda como tirano. La emulacion roe el alma; la ambicion es su tormento; cuéntanse tantos enemigos como concurrentes, y tantos envidiosos como testigos. ¿Hubo nunca en el mundo amistad pura y sincera? El interés es aquel grande y único resorte que pone en movimiento toda la máquina; el amor propio el primer móvil que la agita; infiere de aquí si podrá haber tranquilidad y sosiego en el corazón de un hombre del mundo, mientras la paz inalterable y la alegría pura son la herencia de las almas justas.

De la paz de la conciencia nace la del corazón; esta es su madre, no tiene otra. Es verdad, no lo niego, que hay cruces en el camino de la virtud; pero el fruto que producen es de una esquisita dulzura. Carga el Señor á sus siervos con algun peso; pero tal, que sin trabajo lo puede llevar un niño. Tiene sus leyes nuestra religion; mas solamente se hacen duras á los que no las observan; pocos de los que exactamente las guardan dejan de experimentar su dulzura; tanto, que algunas veces llegan á temer disminuya el mérito de su observancia el gusto y el deleite que ocasiona.

En esta materia, ¿quién debe ser mas creído que los Santos, cuya esperiencia los habia hecho maestros, y en su virtud afianzaron el mas seguro testimonio de su veracidad? Un S. Efren, un S. Francisco Javier, una Sta. Teresa, una Sta. Maria Magdalena de Pazzis se quejan amorosamente al Señor de los excesivos consuelos que inundaban sus dichosas almas. ¿Cuando se han quejado de lo mismo los mundanos, esos declarados siervos, esos miserables esclavos del mundo? ¡Y despues de esto hay, Señor, tan pocos hombres que os sirvan!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no solo según la fe, sino tambien según la razon natural, el yugo del Señor debe ser suave, y su carga muy ligera. Todas sus leyes tiran derechamente á cegar el manantial de nuestros disgustos; todo el Evangelio es un admirable secreto para endulzar los trabajos y aligerar las cruces de esta vida. No hay hombre mas dichoso que el que vive sin pasiones. Solamente los verdaderos siervos de

Dios, solamente los Santos gozan de este privilegio; cuando no tengan del todo estinguidas sus pasiones, las tienen tan domadas, que ni hacen ruido, ni apenas les molestan, porque no están en términos de poder amotinarse.

¡Qué mayor gusto, qué mayor consuelo que cumplir cada uno con su obligacion! El testimonio de la buena conciencia, dice el Sabio, es una continua fiesta. ¿Donde hay mayor gozo que no hacer una cosa de que tenga despues que arrepentirse? porque hablando en rigor, no son los bienes exteriores los que nos hacen felices; los cuidados y las desazones trepan hasta el trono. Es menester que el ánimo esté tranquilo y el corazón contento para gozar de una verdadera felicidad; de aquí nace que no hay que buscarla pura y verdadera en el mundo; resérvese toda para las almas fieles; solo pueden disfrutarla los buenos. Ellos solos tienen paz dentro y fuera de sí mismos, mientras los pecadores viven inquietos y mueren desesperados.

La tranquilidad de la conciencia es el fruto ordinario de la virtud; el que mas se da á Dios, ese es el que la gusta mas; al que mas le reserva, menos se le comunica. Señor (decia san Agustín) cuando no estoy lleno de vos, no me puedo sufrir á mí mismo, y no puedo hallar contento sino cuando me doy á vos enteramente. Desgracia es que no podamos formar una idea cabal y clara de aquella secreta dulzura con que Dios suaviza su yugo; de aquellos dichosos momentos en que se hace sentir de las almas santas; de aquella dulcísima esperanza con que anticipadamente las da á gustar algunos destellos de la gloria; de aquellos rayos de luz con que descubre á sus ojos toda la vanidad del mundo; de aquellas suavísimas lágrimas que algunas veces derraman á los pies del Crucifijo, en las cuales encuentran un gusto, un satisfaccion mas delicada y mas esquisita que todas las diversiones del mundo.

Los hombres carnales no comprenden estas espirituales delicias. Dadme, Señor (esclamaba el mismo S. Agustín) dadme un corazón penetrado, abrasado de vuestro divino amor, y él comprenderá fácilmente este misterio. Parécenos incomprensible, porque nos falta este amor.

Haced, Señor, que yo guste la suavidad de vuestro yugo, otorgándome la gracia de que le lleve con alegría, guardando vuestra ley con fidelidad y exactitud. Sí, mi Dios, ámeos yo con generosidad y sin reserva, y entonces experimentaré qué cosa tan dulce es amaros.

JACULATORIAS. — Sí, Señor, sois Dios manso, sois Dios suave,

sois Dios lleno de misericordia para todos aquellos que confiadamente os invocan. (*Psalm. 85.*)

¡Oh Señor, qué dulce, qué bueno, qué suave es vuestro divino espíritu en todas las cosas! (*Sap. 12.*)

PROPOSITOS.

1 A un enfermo toda la comida le amarga, y á un convaleciente le parece enorme el peso mas ligero. Desengañémonos; no está la amargura en el yugo del Señor, toda consiste en la desatemplanza de nuestro paladar, en el mal humor que se ha apoderado de él. Es artículo de fe que la ley de Dios es dulce, y fáciles sus mandamientos. ¿Quieres hacer la prueba? pues guárdalos con fidelidad. Todo se puede con el auxilio de la divina gracia. Comienza desde hoy á dar el mas exacto cumplimiento á todas tus obligaciones: oracion, devociones, empleo, obligaciones particulares del estado, y generales de cristiano; atenciones y deberes que pide la caridad y la buena crianza; cümplelo todo con cuidado, y todo por un fin, por un motivo santo de religion; *cumple toda justicia*, y no se pasará el dia sin que esperimentes aquella dulzura que Jesucristo nos promete. No se te piden cosas extraordinarias; haz solamente las mas comunes, pero por motivo un poco cristiano: no se te piden mas que los deberes ordinarios de tu estado; pero no omitas alguno, si quieres que todos se te hagan fáciles y gustosos; no temas la opresion, porque solo es efecto de la poca exactitud. En punto de devocion todo el trabajo y toda la dificultad es para los tibios y para los indevotos; estos son los que la desacreditan.

2 Imponte una ley de hablar siempre con grande estimacion de la virtud; jamás la tomes en boca sino para alabarla; pero sobre todo, guárdate mucho de exagerar nunca las imaginarias dificultades que se hallan en su ejercicio. Nada la desacredita tanto, ninguna cosa la agravia mas que las injustas quejas y los injuriosos suspiros de los cristianos tibios y flojos, achacosos y enfermos por la mayor parte. Semejantes á los tímidos exploradores de la tierra de promision, los matorrales y las zarzas se les representan ejércitos armados; y los arboles cargados de frutas, monstruos que devoran los hombres. Todo lo que es pintar dificultosa la virtud, es pura imaginacion; todo lo que se exagera de su aspereza y de su carga, es mera calumnia que atemoriza y acobarda. Si nunca gustaste la dulzura de sus frutos, es porque nunca los cogiste, ó siempre los cogiste verdes y fuera de sazón. Nunca digas, pues, que cuesta mucho el ser santo,

que para subir al cielo es necesario trepar, que los mandamientos de la ley de Dios son dificultosos, etc. Todas esas proposiciones solo sirven para turbar y para intimidar al hombre carnal, que no comprende los maravillosos secretos de la vida espiritual; ni la fuerza, virtud y poder de la divina gracia. Si tú no sabes la dulzura de esa vida; si no entiendes la facilidad que acompaña á la observancia de la ley de Dios, reconoce que es por tu indisposicion y por tu culpa; y no dando oídos mas que á tu fe y á tu corazon, habla de la virtud como hablan los que han gustado los frutos de esta tierra de promision. Dí, que es una region donde reina eterna calma; que en ella siempre se descubre el cielo sereno; que es una tierra por donde corre un rio de leche y miel; cuyos habitadores gozan de una alegría pura, de una paz inalterable, y solamente los extranjeros no entienden su lenguaje. Sus términos parecen ásperos; pero es muy dulce su significado. Esta, en fin, bien persuadido y enteramente convencido de esta verdad, que es de fe, y por consiguiente inalterable: *El yugodel Señor es suave, y su carga ligera.*

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES ARECIO Y DACIANO, en Roma.

SAN QUIRINO, obispo, en Siscia de la Esclavonia; el cual en tiempo del prefecto Galerio, por defender la fe de Jesucristo, como escribe Prudencio, fué arrojado en un rio con una rueda de molino atada al cuello; mas sobrenadando la piedra estuvo el Santo largo tiempo exhortando á los cristianos que lo miraban á que no se atemorizasen por su muerte, sino que se mantuviesen constantes en la fe; hasta que deseoso de la gloria del martirio hizo oracion y consiguió hundirse con la piedra en el agua.

SAN CLATEO, obispo y mártir, en Brescia, en tiempo del emperador Neron.

LOS SANTOS MÁRTIRES RUTILIO Y SUS COMPANEROS, en Ungría.

SANTA SATURNINA, virgen y mártir, en Arras. (Era germana de nacion y de ilustre cuna. Dedicada á la virtud desde la niñez, hizo voto de perpetua castidad y huyó al monte para huir de las exigencias de sus padres que trataban de casarla. En la soledad se le presentó el joven que la habia solicitado, y como la Santa se resistiese á satisfacer sus brutales apetitos, el furioso le cortó de un golpe la cabeza, muriendo así mártir de su integridad. En opinion de los Bolandistas y otros autores es algo dudoso lo que se refiere de que la gloriosa virgen tomando su propia cabeza con las manos, la presentó por si misma en la cercana iglesia de S. Remigio de la ciudad de Arras.)